

Lentos comienzos

MAURO
ARMIÑO

Las últimas temporadas, a mediados de agosto, Alonso Millán daba el pistoletazo de arranque con un estreno propio en el "Muñoz Seca": no ha sido así en esta ocasión; los escenarios han remoloneado con piezas aguantando el verano o con reposiciones de otras temporadas, como *La venganza de la Petra*, de Ar-niches, *Los picaros, pasos y entremeses*, que mezcla a Lope y Cervantes en un trabajo de enjundia del Teatro de Cámara. A su lado, los consabidos aprovechamientos de unas pocas fechas para no tener vacías las escenas entre el verano y el inicio del Festival de Otoño; en este grupo, una obra destacable, *Orquesta de señoritas*, viejo éxito de Jean Anouilh y viejo éxito también—dos décadas— de la compañía "Los Comediantes de Buenos Aires": pieza menor, es un ejercicio de teatralidad, un brochazo de costumbres que la adaptación ha marcado más todavía, convirtiendo en hombres travestidos a los intérpretes; curiosa obra, de envergadura por la cantidad de recursos que exige de los actores; y, salvo alguna incrustación de última hora, los actores resuelven con soltura y aparente facilidad una tarea

TEATRO

sobremañera difícil. También se presentaron dos clásicos de desigual fuste: otro Arniches, *Es mi hombre*, que pertenece al grupo mejor del dramaturgo alicantino, al de las piezas grotescas, aunque no pueda compararse con la joya de esa serie, *La señorita de Tre-vélez*. Bajo la dirección de Pérez de la Fuente, los actores resuelven la papeleta sin grandes esfuerzos, dando vida a los tipos a que siempre traducen sus características escénicas (Sazatornil, Marisol Ayuso, Rafael Castejón, Emilio Alonso), tal vez con algún descuido de aquello que Cervantes exigía del actor, "que se vuelva en la figura", que se mude en el personaje. Con *El avaro*, de Moliere, la Compañía Teatro íntimo, se acercaba a una pieza de alcance universal, pese a que sea de lo menos original

«En la década de los 60, cuando el autor de La náusea vierte a Eurípides, la existencia de la guerra vitalizaba el texto; treinta años después sobran desastres bélicos para servir de pretexto a este clamor contra el disparate.»

que escribió el autor de *El Tartufo*: la trama de base la había sacado Moliere de la *Aulularia* de Plauto, entreverándola luego con distintos temas y *sketches* cogidos de obras contemporáneas; pero supo darle una comicidad y un ritmo casi "italianos", y crear uno de sus personajes más penetrantes, Harpa-gón, retrato de sorprendente relieve al que Juan Antonio Quintana devuelve sobre el escenario del Teatro Príncipe-Gran Vía buena parte de su antigua frescura. El ritmo ágil de la compañía vallisoletana contrasta con la versión —de Enrique Llovet—; hay en la traducción errores de matiz, y la versión ha suprimido detalles y pormenores que si no quitan nada sustancial a la trama menguan la riqueza del original, sin que los añadidos actualiza dores logren embaucar al espectador con suficiente ilusión mágica como para meterse en las tablas. La noche del estreno, en la alta madrugada, una cadena de televisión exhibía, en versión francesa, esa película del cómico Louis de Founes; todo un ejemplo de fidelidad al texto, y de calidad interpretativa teatralizada, salvo en el caso del "tipo" de Founes, que caricaturiza al profundo Harpagón. Septiembre ha empezado bien, aunque el cierre de estas líneas coincide prácticamente con el rosario de estrenos que se producen a partir del día 15; antes, tres representaciones destacables por su ambición, por



Un momento de la representación de "Las Troyanas".

su género o por su carácter de ensayo. Ambiciosa es *Las Troyanas*, de Eurípides, en versión de Jean-Paul Sartre y traducción española de Alonso Sastre. En la década de los 60, cuando el autor de *La náusea* vierte a Eurípides, la existencia de la guerra (Viet-nam ante todo) vitalizaba el texto; treinta años después sobran desastres bélicos para servir de pretexto a este clamor contra el disparate; pero tal vez hubiera sido preferible utilizar directamente el texto del griego; pierde con la re-traducción, que ha eliminado frases hermosas en su rudeza, metáforas que no tienen el almíbar ni la elocuencia literaria que Sartre les presta, además de significativos

detalles que suprimió el francés para encauzar hacia Hécuba toda la razón de su desgracia: desde la ironía de Posidón que se va a otros lares a plantar sus templos —porque cuando la desgracia cae sobre una ciudad "sufren los intereses de los dioses, y entonces no suelen recibir culto"— hasta las "marcas de clase" de la reina de Troya, incapaz de comprender el destino que la espera como sirvienta de los vencedores. Berta Riaza entonó espléndidamente la declamación trágica, y a su lado María José Goyanes y Marta Be-láustegui estaban entonadas, mientras Cristina Higuera rechinaba con una visión más benaventiana que griega en el personaje de

la mujer que causó la destrucción de Troya, Helena. No fueron entusiastas los aplausos del estreno.

En el otro extremo, un espectáculo musical, *Melodías de Broadway*, con Ángeles Gonyalons cantando lo que evidencia el título; pero tiene más envergadura de recital que de espectáculo escénico. Además, la intérprete no consigue en este segundo espectáculo suyo en Madrid el éxito que logra en Barcelona. Y un trabajo con pretensiones de vanguardia en la Sala Cuarta Pared, aunque *Lenguas de gato*, de Alvaro del Amo, suena a deja vu: una irónica visión de un melodrama de mujeres, con cierto humor y un lenguaje más narrativo que escénico —aquel estilo que utilizaron, y abandonaron enseguida varios novelistas jóvenes de los setenta, Molina Foix, Martínez Torres—; sirve de todos modos para el trabajado esfuerzo de la directora María Ruiz y sus actrices.

Como cierre, hemos de señalar la muerte de un dramaturgo importante de las pasadas décadas, Lauro Olmo, nacido en 1922. Su nombre va unido sobre todo a un título: *La camisa*, que en 1962 se convirtió en la pieza clave de la temporada y en la respuesta desde las tablas, con criterios realistas y un deje de ternura hacia los personajes, al problema de la emigración a Europa o América de los españoles sin recursos. No consiguió el mismo éxito con títulos como *La pechuga de la*

sardina o *English Spoken*, que también deben recordarse como ejemplos de un estilo teatral interesante para aquella década de los 60, dominada por el hoy olvidado realismo.